



Una mujer,
un secreto,
una pasión.

LA
MUJER
DEL
SIGLO

MARGARITA
MELGAR

Índice

Dedicatoria

1. Lux perpetua
 2. Lo suyo
 3. El vermut
 4. Teresa Pou
 5. Sin mujeres desnudas
 6. Arreglos
 7. El día se acaba
 8. Los miserables
 9. Pájaros ciegos
 10. Con mujeres desnudas
 11. Cuadrar las cuentas
 12. El triunfo
 13. Del mismo gallinero
 14. El Torín
 15. Volver
 16. Piensa en mí
 17. Deseos cumplidos
 18. A medias
 19. La primera vez
 20. Confesiones
 21. Guardar lo bueno
 22. Del paraíso
 23. La entrega
 24. Insensatos
 25. Mujer con niña en la playa
- ### Epílogo
- ### Créditos

A Pere y Miriam.

Lux perpetua

Cuando le dijeron que iba a ser de carroza de seis caballos y panteón, casi maldijo al muerto. Había rezado para que fuese uno de nicho o, si no merecía tanta suerte, al menos que fuese de tumba sencilla. Pero no. Precisamente ese día tenía que tocarle un funeral de primera. Y hacía tiempo que Consuelo había aprendido que aquello de que la muerte nos iguala a todos era solo otra de las mentiras que la gente repite. La verdad era que los ricos tardan mucho más en despedirse, y con razón.

Mientras murmuraba el responso —«*et lux perpetua luceat eis*», y brille para él la luz eterna—, solo podía pensar en la cálida luz que se derramaría por Las Ramblas desde los escaparates de los Almacenes El Siglo. Nada la hacía sentirse más sola que ver desde fuera las ventanas iluminadas de las casas, sobre todo en días como aquel, que lloviznaba. Pero en ese palacio lleno de tesoros siempre había podido cruzar el umbral, como si fuera suyo, como si perteneciese allí. En ese hogar inmenso podía caminar sobre alfombras mullidas, seguir con el dedo el bordado de un vestido o alzar una copa de cristal bajo una lámpara para arrancarle destellos de arco iris. Ahí era donde pensaba pasar el resto del día, envuelta por la misma luz que brillaba para los ricos y de la que ella tampoco habría querido despedirse nunca. Pero esa misma mañana iba a tener que hacerlo, igual que toda esa gente iba a tener que dejar al muerto en paz. Y mejor que fuera más pronto que tarde.

Suponía que, en adelante, si volvía a ir a un entierro sería de alguien que conociera. De desconocidos, y calculando unos tres a la semana, llevaría cerca de dos mil, porque ya a los siete años empezó a salir con otras huérfanas de la Casa de la Caridad, con su vestidito negro, su toca blanca y un cirio, a acompañar las comitivas fúnebres hasta el ce-

menterio del Poblenuou. Y acababa de cumplir los dieciocho.

Sus primeras veces, lo que más impresionó a Consuelo no fue la muerte, que casi no sabía lo que era, sino esa multitud de ángeles llorando, con sus alas de piedra desparrramadas sobre las lápidas, como pájaros malheridos. De entre todas las oraciones que le habían enseñado las monjas, la única que recitaba de corazón era la que decían todas juntas cada noche a pie de cama. El arrullo coral de ese «ángel de la guarda, dulce compañía, no me dejes sola ni de noche ni de día» tenía sobre ella el mismo efecto relajante que las palabras mágicas de un buen hipnotizador, y después de tantas pesadillas eso era algo muy de agradecer. El llanto de los ángeles no la conmocionó porque se compadeciera del dolor ajeno, sino por tener muy en cuenta el propio: si los ángeles eran vulnerables, igual no podían protegerla de los monstruos. Así que el día que un ataúd resultó ser más grande que la boca del nicho, y ellas aprovecharon el rato de desconcierto para sentarse al sol, decidió preguntarle a Antonia, su «hermana mayor».

A todas las huérfanas que ingresaban en la Casa de la Caridad se les asignaba una hermana mayor, que era cualquier otra interna un poco más veterana. Consuelo tuvo suerte. Antonia, aunque solo era cuatro años mayor que ella, la guio con sensatez y serenidad, porque así era ella: sensata y serena. A Antonia no le gustaban los misterios y tenía respuestas para todo, desde cómo curar sabañones («con jugo de limón») hasta para qué sirve el arco iris («para nada»). Cuando le preguntó por qué lloraban esos ángeles, Antonia respondió sin titubear: «Porque preferirían estar en otro sitio».

Cuando Antonia se marchó de la Casa de la Caridad, Consuelo heredó su vestido de luto. Para entonces, estaba especialmente desarrollada y las monjas pensaron, sin decirselo, que el uniforme negro que llevaban las demás niñas le daba un aire de pícara disfrazada. Más de una vez había

atraído miradas impropias de algún deudo poco desconsolado. Así que esa mañana de enero de 1919, en ese entierro de seis caballos y panteón, Consuelo seguía llevando ese traje de plañidera que había remendado mil veces. Y siempre que lo remendaba se acordaba de Antonia y de todos los que preferirían estar en otro sitio.

Por fin algunos asistentes empezaron a marcharse, aunque Consuelo sabía que eso no le aseguraba nada. Los entierros son como un incendio: cuando parece que se apagan, basta un solo recuerdo expresado en voz alta para avivarlos. Pero ella no podía quedarse más tiempo, no ese día. Tenía que apagarlo ya.

Vio que la joven viuda estrujaba entre sus manos un pañuelo reseco como sus ojos, tan aturdida que no se daba cuenta aún de la catástrofe, ni se daría cuenta hasta mucho después, cuando acabaran las misas, las visitas de parientes, los papeles del notario, y se encontrara de pronto sola en una casa vacía, posiblemente señorial —era una carroza de seis caballos—, posiblemente sintiéndose idiota y culpable por no haber sentido nada hasta entonces. Y Consuelo se acercó y le susurró si quería ver a su esposo por última vez. Y cuando asintió, tomada por sorpresa, como Consuelo supo que haría, la cogió del brazo e hizo un gesto a los de la funeraria para que levantasen la tapa. Aquello excedía con mucho su papel, pero Consuelo estaba segura de que era lo mejor, para la viuda y para ella. Y, efectivamente, la muchacha de pronto lo entendió todo, y se derrumbó con un llanto que le salía de las entrañas, tan desesperado que no tardó en aparecer alguien de la comitiva para cogerla de los hombros con firme ternura y llevársela, seguida por todos los demás. Consuelo era libre por fin.

Cuando llegó a El Siglo tuvo que esperar en la puerta. Un par de mozos estaba descargando un enorme cuadro de una camioneta y el portero de los almacenes mantenía el umbral despejado para que pudiesen entrar. Al menos había parado de llover, pensó Consuelo, y se movió hasta en-

contrar su reflejo en la luna del escaparate. Afortunadamente el conductor de la carroza fúnebre era el viejo Blai, que la había visto crecer y la tenía bastante consentida. Incluso hubo un tiempo en que le decía medio en broma que por qué no se casaba con su hijo Carlos, el mediano, el que cuidaba de los caballos, un chico tímido y guapo que no dejaba de mirarla de reojo las veces que acompañaba a su padre. Para su sorpresa, por lo visto la cosa iba medio en serio, porque un día Blai y su mujer se presentaron en la Casa de la Caridad preguntando por ella, pero después de reunirse con la directora, la madre Montserrat, nadie volvió a hablar de boda.

Consuelo no quiso indagar, era fácil suponer que se echaron atrás al enterarse de su secreto, y asumió que eso es lo que pasaría cada vez que alguien se interesara por ella. Eso sí, el viejo Blai la siguió tratando con el mismo cariño, y ese día la había llevado del cementerio hasta Santa María del Mar para que no tuviese que cruzar sola los descampados. Se lo agradeció con un beso en la mejilla, bajó de un salto y echó a correr, esquivando charcos e intentando pasar bajo los balcones. A pesar de la carrera, el escaparate de El Siglo le mostró que le bastaba con recogerse un par de mechones que se habían escapado del moño para tener un aspecto presentable. Estiró bien la falda para asegurarse de que los zapatos, que estaban empapados y ya casi no tenían arreglo, quedaban bien escondidos, y volvió junto a la puerta a esperar con los demás a que metiesen el puñetero cuadro.

Consuelo no solía ser tan impaciente, pero tenía el corazón en un puño desde esa mañana, cuando la madre Montserrat le había dicho que lo suyo ya estaba decidido. ¿Y qué esperaba? Nadie pasaba de los dieciocho, lo normal era que las chicas dejaran la Casa de la Caridad a los catorce, porque se decía que las criadas cuanto antes empezaban más dóciles eran. Y ese era el destino de la mayoría. Se lo tenían tan sabido que muchas no soñaban con

una buena vida sino con ir a parar a una buena casa. Y la madre Montserrat le había encontrado una buenísima. Se iría al día siguiente con los señores Pou. Se acabaron los muertos desconocidos y las clases de costura a las huérfanas más jóvenes, se acabaron las caminatas para recoger la ropa usada que donaban las señoras del patronato y se acabó dar la comida a las monjas viejas. Pero lo primero que pensó es que tenía que despedirse de El Siglo, que también se acababa, porque los señores Pou no vivían en Barcelona. Cuando por fin despejaron la puerta y pudo entrar, supo que era la última vez.

A Clara le habría gustado que el cuadro llegase solo. Pero no, su dueño decidió que también tenía que estar allí para recibirlo. Y encima, llegó pronto. Cuando por fin la avisaron de que la camioneta estaba en la puerta, hacía casi una hora que aguantaba la mala leche de Juli Vallmitjana. Al principio le había llevado a su despacho, para que su vozarrón no asustase a nadie, pero cuando le dijo por tercera vez que su proyecto no tenía ningún sentido, Clara no pudo más. Se levantó haciendo mucho ruido con la silla y, sin pedir disculpas, dijo que era la hora de su ronda de control. Por supuesto, sabía que Juli la seguiría y no le ahorraría ningún comentario cáustico sobre lo que, inesperadamente, se había convertido en el centro de su vida: los Almacenes El Siglo. Nunca lo hubiera pensado.

Clara Morgadas había crecido muy alejada de las tiendas, en uno de los palacios de la calle Ancha, junto a la iglesia de la Merced. Era el servicio quien salía a comprar lo que hiciera falta, sin llevar dinero encima, porque a fin de mes cada tendero pasaba por casa de los padres de Clara, dócil y discreto y con su factura, para cobrar. Y, por supuesto, tenían su modista y su sastre, su sombrerero, su peluquera y su manicura, que les proporcionaban a domicilio todo lo que pudieran necesitar. Y su proveedor de telas, que pasaba con género nuevo cada par de semanas, y su tapicero, que trabajaba en los bajos para que no se llevase

fuera los muebles buenos, y una costurera que dormía en la casa, en una de las buhardillas del tercer piso que Clara no vio jamás.

Cuando a los veinte años Clara anunció que se casaba con el joven Cots, el heredero de la familia más pujante de Barcelona, su padre no pudo reprimir un comentario sobre que el viejo Cots, su abuelo, había sido uno de esos proveedores que visitaban la casa, gorra en mano. Si pretendía desanimarla, no lo consiguió. Clara le dijo que el abuelo iba con gorra, pero el nieto con chistera, y que en cambio ellos hacía tiempo que alquilaban las buhardillas y los bajos, donde ya no se tapizaba nada porque habían ido vendiendo los muebles.

Clara se convirtió en señora de Cots y sus suegros además del tradicional vestido de novia pagaron la boda, cosa que a los Morgadas les resultó embarazosa, pero muy conveniente, ya que solo tuvieron que poner el dinero del viaje de novios a Nueva York —que además les salió baratísimo porque los Cots tenían allí infinidad de socios que no dejaron de invitar al heredero y a su distinguida esposa a comer y a cenar—. Para entonces, los Cots ya tenían un almacén de telas, varias tiendas de ultramarinos y seis mercerías, además de los Almacenes El Siglo. Y eso era antes de empezar la guerra.

Cuando la Gran Guerra estalló, en el 14, la neutralidad española les vino de perlas a los Cots, que multiplicaron su fortuna abasteciendo a los dos bandos. Primero uniformes y mantas, más tarde municiones y pistolas campo giro que compraban en Santander y cuya exportación era ilegal, pero muy rentable. Los hombres de la familia estaban demasiado ocupados con estos negocios como para atender El Siglo, y su marido, obsesionado con la política, solo pensaba en cómo llegar a alcalde de Barcelona. Clara supo entonces que había llegado su momento. En Nueva York, los recién casados habían visitado, como todos los turistas, los

almacenes Sears. Clara iba a hacer de El Siglo algo aún más grande.

Y por eso ahora, mientras avanzaba por los pasillos de su reino, Clara aguantaba los resoplidos de Juli a su espalda («carroñeros de las trincheras», «burgueses ignorantes») sin torcer el gesto. A pesar de todo, le tenía un cierto cariño a este primo de su marido que había puesto el mismo empeño en bajar la escalera social que los Cots en subirla. Y también sabía que ella, en el fondo, le gustaba.

Por fin lo vio. Se paró tan repentinamente que el hombre no pudo evitar chocar contra ella. Era menuda, pero resistió el empujón sin dar un paso, y ni siquiera se giró hacia él.

—Clara, por favor, ¿una galería de arte en este sitio? — iba diciendo él—. ¿Vas a poner esto entre la corsetería de seda y las vajillas de La Cartuja?

Ella ni contestó. «Esto» era el cuadro que los mozos ya habían desempaqueado y apoyado en la pared al lado de la gran escalinata. En el lienzo, una mujer agitanada miraba a una niña jugar en la orilla de la playa. Tenía que ser verano, un atardecer, y casi se podía sentir la calidez del sol tiñendo de miel los charcos en la arena. Los dos se quedaron embobados contemplándolo, casi oyendo el rumor de la marea y los graznidos de las gaviotas.

Clara le cogió de la mano. Sabía de sobras que era un sentimental, y tenía que jugar su baza. Cuando Juli ya se había olvidado de todo lo que tenía alrededor, y solo veía a la gitana con su niña, Clara se puso de puntillas para susurrarle al oído:

—¡Véndemelo!

Él tardó en responder. Luego, como despertando, le pasó una mano por los hombros, le besó el pelo y antes de irse le dijo:

—Ni muerto.

Consuelo había entrado en calor y ya no se volvía cada dos por tres para comprobar que sus zapatos no dejaban hue-

llas en la moqueta. El problema de ser un intruso en el paraíso es el miedo a que cualquier cosa te delate y te expulsen. Deambulaba ya tranquilamente, disfrutando de la perfección de todo. Admiró los magníficos vestidos expuestos en una larga fila de maniqués. Del primero prefería la tela, del cuarto el color, del séptimo el delicado frunce del escote, y al décimo no pudo evitar quitarle un hilo que sobresalía de un ojal. Fue entonces cuando unos golpecitos en el hombro le hicieron temer lo peor. Al darse la vuelta vio a una vieja delgaducha que la miraba impertinente.

—Llevo un buen rato esperando a que me atiendan, de qué me sirve que aquí haya de todo si no te dicen dónde encontrarlo. Quiero esto. Esto.

Consuelo se fijó en el colgajo que agitaba delante de sus narices.

—Soutache —le dijo aún sobresaltada—, tiene que subir a pasamanería, en la planta segunda, y pedir cordón para soutache.

—¿Suqué?

—Pida trencilla.

—¿Cómo que trencilla? Si es para un cinturón.

Y de pronto Consuelo se vio calculando medidas y opciones de color, y cuando la señora dijo, suspicaz, que le saldría carísimo, como Consuelo supo que haría, le sugirió que la comprara de seda Chardonnet, que resultaba mucho más barata porque era artificial, y entonces la señora dijo que se notaría mucho la diferencia y Consuelo contestó que para un cinturón no, pero que entonces tuviera cuidado con el fuego, porque era muy inflamable. Y la vieja dijo que ella no se acercaba a las cocinas, faltaría más, y luego asintió, mayestática, con la cabeza, y dijo que le gustaría ver esa trencilla de seda artificial. Y no se movió.

—Pasamanería, planta segunda —volvió a decir Consuelo.

—¿Pero es que no me lo va a traer?

—Es que no me la van a dar.

—¡Pero qué desbarajuste es este! —empezó a protestar la vieja, y lanzó una mirada a su alrededor para ver ante quién reclamar, y de pronto graznó:

—Claaaaaa.

Y ahí empezó todo.

Lo suyo

Consuelo decidió otra vez que no iba a esperar más. No había hecho nada malo y no tenía por qué quedarse ahí, encerrada como una maleante. Pero otra vez se quedó quieta, clavada en esa silla incomodísima que no pegaba en absoluto con nada que ella hubiese visto hasta entonces en El Siglo.

Nunca se había fijado en que el trampantojo de mármol que adornaba una de las paredes de la planta baja, la que estaba detrás de los mostradores de los guantes, camuflaba la puerta de ese cuarto tan austero. Con un par de sillas de madera separadas por una mesa y poca cosa más, le parecía igual que las celdas de recibir de la Casa de la Caridad.

Cada domingo por la tarde, las huérfanas que tenían parientes más o menos lejanos se ponían en fila en el pasillo de las celdas de recibir, con la mirada clavada en el portalón del final por el que irían llegando primos del pueblo, tías solteras, una vecina de los padres difuntos o algún pretendiente. Cuando se abría, el portalón chirriaba como la nota desafinada de un violín, y hacía que todas las niñas estirasen mucho el cuello para ver si era su visita la que entraba; cuando la afortunada abandonaba la fila se oía el golpetazo tremendo que daba el portalón al cerrarse y el resto de niñas se encogía para continuar la espera, con el corazón latiendo con el eco de ese golpe, como un mal presagio: ¿y si hoy no vienen?

Consuelo conocía muy bien ese pasillo porque la hermana Petra, que era la que organizaba las visitas, solía encargarse a ella y a Marie «la guardia», que consistía en caminar arriba y abajo del pasillo, sin parar, pasando por delante de todas las celdas, que debían permanecer con la

puerta abierta para que, como les repetía cada domingo la hermana, «tuviesen tranquilidad, pero no intimidación».

De esa manera, Marie y ella, que jamás habían recibido una visita y lo más seguro era que jamás la recibiesen, esperaban las tardes de domingo con la misma ilusión que las demás muchachas, porque podían participar de las novedades aunque solo fuese como espectadoras. Por desgracia, para evitar que se entretuvieran comentando como dos comadres, no las dejaban caminar una al lado de la otra, sino que debían arrancar cada una de un extremo opuesto del pasillo.

Pero para lograr que Marie pospusiera sus comentarios mordaces habría hecho falta una dificultad mayor: nadie como ella para sacar partido a los segundos que se cruzaban en mitad del pasillo en cada vuelta. La francesita desarrolló todo un lenguaje de signos digno de un espía consumado o de un actor de pantomimas: primero marcaba con los dedos el número de la celda sobre la que quería comentar y después, para valorar cómo iba el encuentro, añadía otros gestos que a veces eran muy discretos (fingía una sonrisa o aparentaba llorar) y otras eran tan histriónicos (aplausos sordos, pasarse un dedo por el cuello como degollándose, simular un puñetazo en el estómago, un baile, un bofetón, un abrazo...) que hacían que las dos acabasen avanzando mientras se aguantaban la risa a duras penas.

Consuelo sabía que se reían para combatir la envidia, que en realidad las dos preferirían estar en cualquiera de esas celdas. Pero Marie no lo admitiría ni bajo tortura: sostendría ante el mundo que ellas estaban por encima de todos aquellos visitantes tristes y paletos. Ciertamente que no tenían a nadie, pero ella contaba con su nombre francés y Consuelo con su collar, y sobre estas dos escasas posesiones Marie construyó un aura de superioridad que no siempre caía bien, sobre todo porque a menudo se aupaba despreciando a las demás y no siempre se daba cuenta de cuándo estaba siendo cruel. Como con la pobre Rosalía,

esa chiquitaja de ocho años que cada domingo recibía a una prima hermana de su madre, de nombre Casilda, y la única familia que le quedaba, una muchacha cariñosa que trabajaba en una tienda de encurtidos y que cada domingo le prometía que cuando se casara se la iba a llevar a vivir con ella. Pues Marie no siempre tenía el cuidado de comprobar que Rosalía no podía oírla cuando soltaba entre carcajadas:

—¡Y quién se va a casar con ella, con ese culazo que no le tiene que caber detrás del mostrador!

Pero Casilda sí se casó. Un domingo por la tarde vino acompañada del joven más guapo que habían visto jamás. Llevaba el uniforme negro de la guardia urbana abotonado hasta el cuello, cinturón blanquísimo y el gorro con su adorno plateado en la mano. La verdad es que Casilda ya estaba a punto de ceder a los requiebros del cajero del establecimiento cuando por fin el urbano se decidió a hablarle, después de todo un año entrando cada mediodía a comprar un cucurucho de altramuces. Más tarde le confesaría que los odiaba, pero que era lo que tenía delante la primera vez que entró en la tienda y ella lo dejó mudo al preguntarle qué quería.

La tarde que Rosalía se fue con la prima Casilda y su urbano, enfiló el pasillo andando entre los dos, que la cogían felices de las manos, y antes de salir volvió la cabeza y dijo:

—¡Adiós, María!

Y el golpetazo que dio el portalón al cerrarse sonó como una bofetada. Porque si algo no soportaba Marie era que la llamasen María, despojándola de la ascendencia francesa de la que había hecho su escudo y bandera: ella pertenecía a una estirpe de artistas de París, aseguraba con orgullo. Aunque la verdad era que fue abandonada por una saltimbanqui gabacha, que pasó por Barcelona con su *troupe* dejándose una recién nacida.